

INSTRUCCION TRIGESIMOPRIMERA.

EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA.

INSTRUCCION SEXTA.

ACCIÓN DE GRACIAS.

TEXTO. — *Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi?... ¿Qué le daré al Señor por todos sus beneficios?*

(SALMO CV, VERS. 3.)

EXORDIO. — El glorioso san Francisco de Sales, sobre cuya frente depositó el gran Pio IX la aureola de los doctores, llama « sol de los ejercicios espirituales al santo, sagrado y muy soberano Sacrificio de la Misa, centro de la religión cristiana, corazón de la devoción, alma de la piedad, misterio inefable, que comprende el abismo de la caridad divina, y por el cual Dios, aplicándose enteramente á nosotros, nos comunica magníficamente sus gracias y favores (1). » Y por ello debemos demostrar á nuestro Padre celestial el más filial reconocimiento.

PROPOSICIÓN. — Ved ahí pues lo de que me propongo convenceros en la sexta y última parte del augusto Sacrificio de la Misa.

DIVISIÓN. — Hablaré de la recepción del cáliz, de las abluciones, de la comunión, de la postcomunión, del *Ite, Missa est*, de la oración *Placeat*, de la bendición final y del Evangelio de san Juan. Estos ocho puntos, amados hermanos míos, merecen ser meditados con religiosa y perseverante atención.

PUNTO PRIMERO. — Después de haberse dado á sí mismo la comunión con el mayor respeto posible, y de haber descansado un poco, como el discípulo muy amado, sobre el corazón de Jesús, el celebrante sale de una especie de éxtasis, y levanta la cabeza; separa las manos y descubre el cáliz; dobla la rodilla ante su bienhechor supremo, y le expre-

(1) Introducción á la vida devota, parte II, cap. XIV.

sa sus vivos sentimientos de gratitud : *¿Qué le daré yo al Señor, dice, por los bienes de que me ha colmado?*

Tan calurosa es la gratitud del sacerdote, que no sabe cómo expresarla al Eterno ; no encuentra ni en su corazón, ni en las criaturas, medio alguno de agradecer suficientemente á este Dios que acaba de permitirle subir al altar, ofrecer los dones del sacrificio, consagrar el cuerpo y la sangre del Salvador, tomar el alimento de los ángeles y beber en el tesoro de la gracia. ¡ Oh Dios mio, parece decir el sacrificador, detesto á aquellos judíos, á quienes curasteis de la lepra y no visteis volver á daros gracias ; no quiero hacer como aquellos ingratos, sinó como el Samaritano, que, librado por vos de su horrible fealdad, se apresuró á glorificaros (1); como vuestros discípulos, que no salieron del cenáculo hasta después de haber cantado el himno del agradecimiento, y como los ángeles, cuyas acciones de gracias resuenan incesantemente al pié del trono de Dios y alrededor del altar del Cordero.

Por lo demás, si las gentes del mundo, por poca educación que tengan, no descuidan ofrecer á los interesados sus respetos y su agradecimiento, el católico, y sobre todo el sacerdote, que han de tener corazón y piedad, ¿ podrían descuidar este deber para con Dios? Indudablemente que nó (2).

Por esto, mientras con la patena recoge las partículas que pueden haberse desprendido de la hostia, para depositarlas en el cáliz, el celebrante, como si en aquel intervalo hubiese recibido una inspiración de lo alto, coje el sagrado vaso, lo lleva á sus labios y se dice á sí mismo: Ahora conozco un medio de desquitarme con el Señor del agradecimiento que le debo por todos sus beneficios, y es : *Tomaré el cáliz de salud*, este cáliz de bendiciones que ha sido ofrecido y derramado en acción de gracias ; es el modo verdadero de manifestar mi gratitud á mi Criador : lo he tomado, y lo volveré á tomar : la Eucaristía misma pagará mi deuda de reconocimiento, porque no hay más que un Dios que pueda dar dignamente las gracias á un Dios ; *invocaré* pues

(1) S. Lucas, cap. XVII.

(2) Apocalipsis, cap. VIII.

de nuevo *el nombre del Señor*, llamaré á mí á ese Padre de las misericordias, *cantando su alabanza*, proclamando sus beneficios, celebrando sus grandezas ; invitaré á todo lo que hay de noble en mi sér á colmar de bendiciones al Soberano del cielo y de la tierra ; mi alma glorificará al Señor, y mi espíritu se estremecerá en el Dios de mi salvación, porque ha tenido piedad de mi bajeza y ha hecho grandes cosas en favor mio, se ha entregado él mismo á mí, miserable pecador. ¡ Oh, sí! *invocaré el nombre del Señor*, y este nombre, semejante á un escudo impenetrable, librárá á mi pobre alma de los abrasadores dardos que podrían lanzarla los espíritus del mal esparramados por los aires; *et ab inimicis meis salvus ero*, y como la unión hace la fuerza, unido al Todopoderoso estoy seguro de alcanzar la victoria.

Animado de tales sentimientos, el sacerdote se santigua con el cáliz, emitiendo este voto: *La sangre de nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna. Así sea.* A estas palabras, el ministro del Altísimo prueba la sangre divina, para consumir el sacrificio bajo las dos especies, de conformidad con la orden del Redentor á sus apóstoles: *Bebed todos de este cáliz.*

PUNTO SEGUNDO. — Sólo después de haber vaciado el vaso sacramental es cuando el oficiante distribuye los panes eucarísticos á las personas arrodilladas á la santa Mesa ; pero como la Iglesia, por razones de la más alta conveniencia, ha prohibido á los fieles la comunión bajo las dos especies, y por otra parte reciben tan bien á Jesucristo bajo una sola especie como bajo las dos, he creído deber colocar, en mi instrucción anterior, inmediatamente después de la comunión del sacerdote, las reflexiones que tenía que hacer con motivo de la comunión del pueblo. Paso ahora al segundo punto de mi discurso.

Cuando pues el sacrificador ha bebido la sangre del Salvador contenida en el cáliz, toma primero en él un poco de vino para purificarlo ; es lo que se llama la *primera ablución*, porque nada debe quedar del cuerpo y de la sangre de Jesucristo ni en las paredes del cáliz ni en los labios y dedos del celebrante. Ese vino, que sirve para enjuagar el vaso eucarístico, lo bebe el sacerdote diciendo : *Haz, Señor, que recibamos con puro corazón lo que hemos tomado por la boca*; palabras que son una especie de comunión espiritual, que debe

tener unida el alma á Dios, por un profundo reconocimiento de su gracia ; *y que este don temporal se convierta para nosotros en remedio eterno.*

Estas últimas palabras son muy instructivas para aquellos todos, pastores y fieles, que se han acercado á los sagrados misterios. La presencia real de Jesucristo en todo el que lo recibe, no dura más allá de cinco á diez minutos, pero no ocurre lo mismo con el resultado de su visita ; la unión con la adorable persona del Salvador por medio de las sagradas especies es pasajera, pero la unión con su corazón, con su alma y con su espíritu, ha de tener una duración mucho más larga ; ¡ qué digo ! no ha de cesar jamás. Así como los alimentos habituales tienen por efecto el esparcirse por todas las partes de nuestro sér, de tal manera que se transforman en nuestra carne y en nuestra sangre y que llevan á todos los canales de la vida la fuerza y la salud, así el alimento angelico tiene por objeto no sólo hacer residir en nosotros por algunos instantes á Jesucristo, sinó principalmente hacer circular su gracia y su vida por las más íntimas partes de nuestra alma ; es menester que tan poderoso remedio obre hasta en la eternidad, según estas palabras que jamás se meditarán lo bastante después de la sagrada comunión : « El que me come ha de vivir para mí, » mi vida ha de ser su vida ; ha de contraer conmigo una tan fuerte unión, que jamás se ha de romper : *Vir fidelis multum laudabitur* (1) ; si me es fiel, le colmaré de alabanzas ; *et qui custos est Domini sui glorificabitur*, si no me echa de sí por el pecado mortal ; pero si me conserva en su corazón, por su amor, yo, su Señor supremo, le coronaré de gloria en el reino de los cielos. Ved ahí cristianos, el sentido de las palabras que pronuncia el sacrificador al tomar la primera ablución.

¿ Qué hace después ? Va á la parte de la Epístola con el cáliz, encima del cual apoya los dedos que han tocado el cuerpo de Jesucristo ; el acólito vierte vino y agua en los dedos del sacerdote que vuelve al centro del altar, donde los seca ; entonces bebe aquella mezcla de vino y agua, que se llama *segunda ablución*, después de haber dicho esta conmovedora oración : *Unanse, Señor, en mis entrañas el cuerpo*

(1) Proverb., cap. XXVII y XXVIII.

tuyo que he recibido y la sangre tuya que he bebido, y haz que no quede mancha alguna de pecado en mi, á quien han alimentado tan puros y santos sacramentos, tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Así sea.

Purificando luego sus lábios y el vaso sagrado con un lienzo, llamado por esta razón *purificador*, el celebrante vuelve á ponerlo todo en el mismo orden que al principio de la Misa.

Cubierto de nuevo el cáliz, ¿ qué nos representa? La tumba de Jesucristo; está cerrado, para advertir á las personas que han comulgado, que han de tomar precauciones para conservar á Dios en su corazón, y que deben cerrar cuidadosamente su entrada á todo pecado mortal.

PUNTO TERCERO. — Mientras el sacrificador vuelve á poner el cáliz en el estado en que se hallaba antes de principiar la santa Misa, el ministro traslada el misal al lado de la Epístola y lo coloca como en el *Intróito*. Diríjese el sacerdote al libro para leer en él la antifona llamada *comunión*, por cantarse mientras comulgan los fieles. Esta antifona está sacada de la Escritura, y, las más de las veces, de los salmos; lleva dicho nombre, porque se repetía sucesivamente al final de cada versículo del salmo de que estaba tomada. Este último, el coro lo seguía cantando mientras se iba distribuyendo el alimento sacramental, hasta que se hacía seña á los cantores de que dijeran *Gloria Patri*, para señalar el fin de la comunión del pueblo.

Esta costumbre se ha modificado con el tiempo; del salmo no se ha conservado más que la antifona. Para los que han tenido la dicha de saborear el pan de los ángeles, es un himno de acción de gracias, un acto de amor, y sostiene el fuego de la devoción que enciende, en los corazones bien dispuestos, la presencia de este Dios que trajo á la tierra el fuego sagrado, y desea verlo arder siempre. ¡ Ah! ¡ ojalá no se extinga jamás en nosotros!

PUNTO CUARTO. — Viene ahora la *postcomunión*. En esta oración, precedida y seguida del *Dominus vobiscum*, la Iglesia se propone celebrar el misterio de la redención del Salvador, recordarla á los fieles, pedir por ellos el fruto de esta nueva vida de que deben participar con Jesucristo y que ha de ser en ellos el principio de la vida eterna, cuya

garantía han recibido en la comunión. Cristo en efecto sólo muere para resucitar; en el altar no hay más que las apariencias de muerte; en realidad, está vivo y glorioso. Si desciende á nuestros corazones bajo los símbolos de la muerte, es para destruir en nosotros el pecado; pero si penetra en él con toda la vida que ha recobrado, y que no vuelve á dejar, es para que vivamos por la justicia y por la santidad durante nuestra peregrinación sobre la tierra, y que al fin de los siglos resucitemos para la gloria y la felicidad del paraíso. Tal es, hermanos míos, el consolador pensamiento que en este momento nos debe ocupar.

Besa pues el sacrificador, en el centro del altar, la piedra sagrada que se llama tumba; por este sepulcro cuya víctima ha salido gloriosa y triunfante, es por el que desea una nueva vida á sus hermanos. Vuélvese hácia ellos y exclama: *El Señor sea con vosotros*. — *Y con tu espíritu*, contesta por el pueblo el ministro.

Aquí todo se pronuncia en voz alta, porque es el misterio del triunfo. El celebrante vuelve al libro, y dice la *postcomunión* ú oración después de la comunión. Estas oraciones encierran una solemne acción de gracias por la recepción del cuerpo adorable y de la preciosa sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Ordinariamente, en la *postcomunión*, después de haber dado gracias á Dios por la visita que se ha dignado hacer á sus hijos, le conjura á que haga morir el pecado en sus corazones y deje sólo vivir en ellos la virtud: que nos prevenga y acompañe con su gracia; que nos conceda el don de perseverar en el fin, y la fuerza de marchar hácia el cielo, de retirarnos del destierro y de introducirnos en la patria, de elevarnos al rango de los escogidos y de ponernos en posesión de la felicidad. Estas oraciones concluyen, naturalmente, con la invocación del soberano mediador, *Jesucristo que, siendo Dios, vive y reina con el Padre, en unidad del Espíritu Santo, en todos los siglos de los siglos*.

Así sea, añade el pueblo. ¡ Oh pastor de nuestras almas! ¡ El Dios de las bondades infinitas se digne atenderte!

Volviendo al centro del altar, el sacerdote lo besa de nuevo, vuélvese

al pueblo y le dice : *El Señor sea con vosotros*; ¡ Grábese su recuerdo en vuestra memoria! ¡ Incrústese su amor en vuestro corazón! ¡ Adhiérase su gracia á vuestra alma! ¡ Persistid en su amistad hasta el último suspiro!

Los fieles, al responder : *Et cum spiritu tuo*, hacen idénticos votos por el celebrante.

Consumado su sacrificio, no le queda que hacer otra cosa que invitar á los asistentes á que se retiren : y es lo que hace al decir el *Ite Missa est*, de que voy á hablaros á continuación.

PUNTO QUINTO. — *Ite, Missa est*, : estas tres palabras significan : *Idos*, os despido, podeis marcharos.

— *Demos gracias á Dios; Deo gratias*, añade el acólito, en nombre del pueblo.

En los tiempos de penitencia, tales como el Adviento y la Cuaresma, y cuando no se recita el *Gloria in excelsis Deo*, se suprime el *Ite Missa est*, que es una señal de alegría, reemplazándose por el *Benedicamus Domino : Bendigamos al Señor*. También se suprime en las misas de difuntos. La Iglesia, muy deseosa de proporcionarles el descanso eterno, quiere que el sacerdote se vuelva hácia el altar, diciendo : *Requiescant in pace, Descansen en paz*, y que el acólito, siempre en nombre de la asamblea, conteste : *Amen*. Sí, Señor, nuestro deseo más ardiente es el de que nuestros amados difuntos gocen de una paz inalterable en el seno de nuestro reino.

Voy á hacer algunas reflexiones, amigos míos, sobre el *Ite Missa est* y el *Deo gratias*.

Salid, dice el sacerdote á los fieles, la Misa está dicha, ahora teneis luz suficiente para ver el camino del cielo, y valor suficiente para seguirlo hasta el fin. Regresad á vuestras casas y volved á vuestras ocupaciones; ahora teneis paciencia suficiente para sufrir las contrariedades de la familia, y resignación suficiente para sobrellevar las penas de vuestro estado. Volved á entrar en el mundo y no temais; actualmente teneis bastante perspicacia para descubrir sus ardides, y bastante fuerza

para triunfar de sus ataques. Marchaos, el sacrificio está acabado, y se os ha aplicado su fruto. Partid, ha terminado la Misa, y se os ha obtenido la gracia.

Y contesta el pueblo : Damos gracia al Altísimo, como los discípulos, que, después de haber sido bendecidos por el Salvador al subir éste al cielo, se volvieron llenos de alegría y ardiendo en reconocimiento. ¡ Oh! gracias eternas á nuestro Dios por su inexplicable beneficio. No podemos cansarnos de celebrar las misericordias del Señor; jamás podremos agradecerle bastante la participación que nos ha dado en los misterios sagrados; regresamos á nuestras casas, bien decididos á conservar sus suaves frutos, á caminar, como dice el Apóstol, de una manera digna de Dios, á llevar una vida conforme con las reglas del santo Evangelio.

Tres puntos me quedan por desarrollar, amados hermanos míos; seguid oyéndome con benevolencia.

PUNTO SEXTO. — En otro tiempo, todo estaba terminado en llegando al *Ite Missa est*, fórmula empleada para despedir á los fieles que habían asistido al augusto Sacrificio. La oración que empieza con estas palabras *Placeat, tibi, sancta Trinitas : séate agradable; oh santa Trinidad*, es de fecha bastante reciente; en el siglo XV, tenía que decir la todavía el oficiante después de la santa Misa, pero no formaba parte de ella. En los puntos mismos donde el sacerdote daba bendición antes de separarse, esta bendición precedía á la citada oración. Finalmente el misal romano prescribió que se rezase antes de bendecir á los fieles; mas para guardar algún vestigio de la práctica antigua, el celebrante la dice en voz baja, é inclinado en el centro del altar, cual coesponde á su indignidad.

El sacrificio, habiendo empezado por la invocación de la adorable Trinidad, debe terminar de igual manera; es preciso que el fin no sea menos venturoso que el principio; es justo, al terminar, dirigirse á las tres Personas divinas; al Padre, á quien se acaba de ofrecer; al Hijo, á quien se acaba de inmolar; y al Espíritu Santo, por quien son aplicados á nuestras almas los méritos de la Víctima. Además, esto se

hace, dice la Iglesia, para enseñarnos que todo acto, y especialmente el Acto por excelencia, debe empezar, continuar y terminar, en nombre y por la virtud del Dios tres veces santo.

La oración *Placeat* es como una recapitulación de todo lo que acaba de pasar, un redoblamiento de fervor, con objeto de enardecer el corazón del Eterno, un grito de insistencia para decidirle á que nos atienda. Vais á juzgar por vosotros mismos : *¡Oh Trinidad santa! dice el sacerdote con toda la piedad de que es susceptible, séate agradable el obsequio de mi servidumbre y haz que el sacrificio que yo, aunque indigno, he ofrecido en presencia de tu majestad, te sea acepto y que por tu misericordia sea propiciatorio para mí, y para todos aquellos por quienes lo he ofrecido. Por Jesucristo Señor nuestro. Así sea.*

PUNTO SEPTIMO—Después de esta humilde súplica, el oficiante besa el altar, como para dirigir al Señor su más filial despedida, y tomar en el trono de la misericordia, el deseo de gracia que va á expresar á los asistentes. Eleva los ojos y los brazos hácia el cielo, para atraer las bendiciones de lo alto de ese altar, donde el Cordero inmaculado ha vuelto á subir; después, volviendo á unir las manos, cual si tuviese en ellas los favores que acaba de solicitar tanto para él como para sus hermanos, saluda la cruz, fuente de todas las gracias y de todos los méritos, vuélvese hácia el pueblo, y le cubre como de un invencible escudo contra las acechanzas del enemigo de las almas, haciendo sobre él una gran señal de la cruz y profiriendo estas dulces palabras : *Bendigaos el Dios omnipotente, Padre, Hijo, y Espíritu Santo. Así sea.*

En las misas de *Requiem*, el celebrante no besa el altar, ni dá la bendición, porque los difuntos, como no pertenecen ya á la jurisdicción de la Iglesia de este mundo, no pueden ser bendecidos por ella.

Si el sacerdote procura bendecir á los fieles antes de salir del templo, es para imitar al Salvador que se dignó bendecir á sus apóstoles antes de su partida para el cielo. Allí llegaremos, hermanos míos, si asisti-

mos al Sacrificio con las disposiciones que nos traza San Francisco de Sales y son las siguientes :

« 1. Desde el principio, dice, hasta que el sacerdote se halla puesto en el altar, haced con él la preparación, que consiste en ponerse en la presencia de Dios, reconoced vuestra indignidad, y pedid perdón de vuestras faltas. — 2. Desde que el sacerdote llega al altar hasta el Evangelio, considerad la venida y la ida de Nuestro Señor en este mundo, por una consideración sencilla y general. — 3. Desde el Evangelio hasta después del *Credo*, considerad la predicación de Nuestro Señor Jesucristo, protestad de querer vivir y morir en la fé y obediencia de su santa palabra, y en la unión de la Santa Iglesia católica. — 4. Desde el *Credo* hasta el *Pater noster*, aplicad vuestro corazón á los misterios de la muerte y pasión de nuestro Redentor, que estan actual y esencialmente representadas en este santo sacrificio, el cual con el sacerdote y con el resto del pueblo ofrecereis al Dios Padre por su honor y por vuestra salvación. — 5. Desde el *Pater noster* hasta la comunión, esforzáos en formular mil deseos de vuestro corazón, ansiando ardientemente estar para siempre unidos á nuestro Salvador por un amor eterno. — 6. Desde la comunión hasta el fin, dad gracias á su divina Majestad por su encarnación, su vida, su muerte, su pasión, y el amor que nos demuestra en este santo Sacrificio, conjurándole por éste mismo á que os sea propicio para siempre, á vosotros, á vuestros parientes, á vuestros amigos, y á toda la Iglesia, y humillándoos de todo vuestro corazón, recibid devotamente la bendición divina que nos da el Señor por conducto de su ministro. »

PUNTO OCTAVO. — Después de esta bendición, el sacrificador procede á la lectura de ese Evangelio que entusiasmaba hasta á los filósofos paganos. Uno de ellos, afirma el santo obispo de Hipona, deseaba que se escribiese en letras de oro en todas las salas de reunión. En cuanto á los primeros fieles, lo llevaban escrito en su pecho, lo recitaban en todos los peligros, lo hacían leer sobre ellos cuan-

do estaban enfermos y querían que fuese colocado encima de su cuerpo en el ataúd.

Lo que en su origen no era más que una práctica de devoción, vino á ser, con el tiempo, objeto de un mandato. San Pio V ordenó que al final de la Misa se rezase el Evangelio de san Juan. Este último Evangelio se lee como el primero en el mismo lugar, con el mismo preámbulo y las mismas ceremonias. Al llegar á las palabras : *y el Verbo se hizo carne*, dóblase la rodilla en señal de adoración, y al fin, como testimonio de gratitud, se añade : *Deo gratias ; demos gracias á Dios*.

Os exhorto, hermanos míos, á decir siempre con un gran respeto este Evangelio, á ejemplo de los cristianos de la edad primera.

Por último, volviendo al centro del altar, el sacerdote coje el cáliz, saluda la cruz, desciende las gradas; hace una genuflexión, entra en la sacristía, se quita los ornamentos sagrados y vuelve á dar gracias al Señor.

PERORACIÓN.— Para terminar voy á citaros un hecho muy edificante :

«El señor de Turena jamás comprendió más vivamente que había un Dios sobre su cabeza, como en aquellas relevantes ocasiones en que casi todos los demás lo olvidan. Entonces era cuando redoblaba sus oraciones; hasta se le vió retirarse al bosque, donde, con la lluvia encima y de rodillas en el lodo, adoraba en esta humilde postura á este Dios ante quien las legiones de los ángeles tiemblan y se humillan. Los Israelitas, para asegurarse de la victoria, hacían traer el Arca de la alianza á su campamento, y el señor de Turena creía que el suyo carecería de fuerza y de defensa, si no era cada día reforzado con la oblación de la Víctima divina que triunfó de todas las fuerzas del infierno. Asistía á ella con una devoción y una modestia capaces de inspirar respeto á esas almas duras á quienes no lo inspiraba la vista de los terribles misterios. En el mismo avance de la victoria, y en aquellos momentos de amor propio en que un general ve que ésta se

declara por su bando, estaba alerta su religión para privarle de irritar en lo más mínimo al celoso Dios por una sobrado rápida confianza de vencer. En vano resonaban por do quier en torno suyo los gritos de victoria, en vano los oficiales se elogiaban y le elogiaban á él mismo con la seguridad de un resultado feliz; él contenía todos esos arranques de alegría, en que tanta parte tiene el orgullo humano, con estas palabras tan dignas de su piedad : « Si Dios no nos sostiene, y no termina su obra, hay aún tiempo bastante para ser derrotados (1).. »

Quando un héroe de tanta celebridad habla y obra de esta suerte, hermanos míos muy amados, no teneis por qué avergonzaros de seguir sus huellas tan nobles y cristianas. Así sea.

(1) Massillon, *Oraison funébre de Turenne*.

FIN DEL TOMO QUINTO.